

---

**E L Í A S                    D Í A Z**

## SEMBLANZA PARCIAL DE ELÍAS DÍAZ

### Consideraciones previas

**R**ecibí con agrado el encargo del profesor Atienza de esbozar una especie de semblanza de Elías Díaz y ello por diversas razones, de las que no es la menor el deseo de sumarme al homenaje que sus discípulos rinden a quien para mí es un amigo entrañable. Pero, a la hora de tomar la pluma, comencé a percibir las dificultades que la tarea comportaba.

Para quienes ya somos veteranos, escribir sobre temas de la asignatura no comporta mayores problemas. El escrito es bueno o malo y bien o mal recibido por los lectores, pero raramente resultará molesto para nadie, pero escribir de una persona de carne y hueso es otra cosa. Por de pronto porque a los profesores nos falta entrenamiento en este género literario, pero especialmente porque cualquier cosa que uno ponga en el papel puede disgustar al interesado o a sus amigos y, lo que tampoco hay que perder de vista, hacer que sus detractores se froten las manos. Claro está que una manera de no herir susceptibilidades es volcarse en el elogio, obviando los posibles aspectos negativos y silenciando las críticas. Pero ése se me antoja un recurso fácil y demasiado socorrido, aparte de que el elogio excesivo puede resultar empalagoso<sup>1</sup>.

¿Entreverar el elogio con la crítica, estableciendo una especie de polémica con el personaje? Eso quizá le daría mayor viveza al escrito, pero también tiene sus peligros, principalmente el de tomarle como pretexto para encaramarse a sus espaldas y terminar por hablar de uno mismo, en una especie de infantil ejercicio de la egolatría.

---

<sup>1</sup> Aunque D. Ramón Carande dicen que dijo: «no se prive, joven, que a esta edad todos los elogios son pocos».

Lo que hice, en primer lugar, fue tomar la pluma y escribir sencilla y espontáneamente lo que se me iba ocurriendo. Creo que el resultado fueron unas cuartillas un tanto desordenadas pero más vivas y quizá también más divertidas que éstas que ahora el lector tiene en sus manos. Ésta es una segunda versión edulcorada, más pensada, que la primera. Una versión más seria y seguramente más aburrida. Sigo diciendo lo que pienso del «biografiado», pero he limado expresiones y eliminado polémicas y críticas, quizá más propias para el diálogo personal que para el escrito académico. Al hacerlo he seguido el consejo de personas de cuyo buen criterio me fío.

### **La persona**

Nada de lo que diga acerca del hombre Elías Díaz sorprenderá a nadie. En el mundo reducido de nuestra asignatura nos conocemos casi todos y para nadie son un secreto nuestras virtudes y defectos. Todo el mundo sabe quién es sectario o maniobrero, amigo de sus amigos o distante y descomprometido, cuál es la ideología y hasta las manías de cada cual. Quizá haya diferentes percepciones acerca de todo esto y lo que para unos serán defectos para otros serán virtudes y éstos hablarán, por ejemplo, de parcialidad o injusticia y aquéllos de justicia y sentido de la amistad. Pero, aún así, la imagen será probablemente bastante uniforme.

Obviamente no voy a intentar un retrato detenido del personaje y me limitaré a señalar algunos rasgos destacados del mismo referidos especialmente a sus actividades académicas que son las que aquí más interesan.

Recuerdo que hace años, refiriéndose a Pemán, me dijo Dionisio Ridruejo algo que a primera vista me dejó sorprendido: «es muy trabajador». Creo que aparte de la innegable calidad de su obra escrita, ése es también uno de los calificativos que pueden predicarse del amigo Elías: es un gran trabajador de la enseñanza, a la que ha dedicado casi toda su vida en su doble faceta de docencia e investigación. Sin duda ha pasado horas y horas en el despacho y en la biblioteca, ha empleado mucho tiempo en orientar a los numerosos doctorados cuyas tesis ha dirigido y seguramente también en dialogar con estudiantes y colaboradores. Todo ello supone un gran esfuerzo, pero también, pues en definitiva todos tendemos a hacer lo que nos gusta, una gran afición a la enseñanza.

La otra cara de la moneda es la renuncia a otro tipo de actividades, más o menos brillantes, que seguramente serían, para otros, interesantes. La vida del profesor universitario es monótona y aburrida. Es ciertamente cómoda e independiente: no hay jefes, ni incrementos

de productividad (aunque recientemente los llamados «tramos» han tratado de suplir esta laguna) y los días se suceden sin grandes acontecimientos, como no sean las pequeñas o grandes peleas que uno mantiene, si es de natural combativo, con los colegas.

Nuestro amigo ha podido cambiar esta vida de despacho por el escaño parlamentario y por el relumbrón de la embajada. En los comienzos de la democracia, el escaño en las cortes constituyentes ofrecía un singular atractivo para un viejo luchador por la democracia y el socialismo y, posteriormente, la embajada romana, situada por cierto en un bellissimo y lujoso edificio, también ofrecía atractivos de otro tipo, diríamos «sociales», a los que pocos hubieran renunciado.

A ambos renunció Elías por razones que nunca entendí bien. ¿Falta de apego a la vida de salón? ¿Cierta timidez de trato? ¿Acaso pensaba que los embajadores tienen poco poder? No lo sé, pero intuyo que mucho tuvo que ver con ello su afición a las tareas universitarias, que habría tenido que abandonar por algún tiempo.

Otra de las cualidades que hay que destacar en él es su gran habilidad para evitar el conflicto y, en definitiva, para llevarse bien con casi todo el mundo. Aficionados a narcisos como solemos ser los universitarios es fácil hacer o decir algo que roce nuestra vanidad y si no hay motivos reales de ofensa no resultará difícil inventarlos. La gente tiene mucho tiempo libre, se aburre y entretiene sus ocios peleándose. No sé que nuestro amigo se haya peleado nunca con nadie. Puede negarle el agua y el pan a quien no sea de su cuerda, pero jamás le negará el saludo. Lo que por cierto le ha permitido mantener una excelente relación personal con sus amigos colaboradores.

### **Aficiones y manías**

(«Paranoias» decía la versión original de este escrito). Cada autor tiene sus temas, sus filias y sus fobias, no puramente intelectuales, sino entreveradas de valoraciones y preferencias ideológicas.

Una de las preferencias del amigo Elías es la historia, lo que se explica a su vez, si se me permite la redundancia, por razones históricas. En los tiempos oscuros, los partidarios de la otra España trataban de contrarrestar la versión oficial del pasado ofrecida por el régimen de la época, exaltando los valores de la libertad y las figuras que los encarnaban. A Donoso y Menéndez y Pelayo, contraponían las figuras de Jovellanos, los ilustrados, Galdós y tantos otros. A ello contribuía indirectamente la censura, que se mostraba más tolerante con los panegíricos de la libertad situados en el pasado o referidos a él, que con sus versiones más actualizadas.

Elías participó bastantes años en el seminario que, dirigido por don Julián Marías<sup>2</sup>, tenía lugar en la *Sociedad de Estudios y Publicaciones del Banco de Urquijo*, cuyo inspirador era don José Antonio Muñoz Rojas. Esa misma Sociedad acogió por mucho tiempo (quizá hasta su muerte) a don Xavier Zubiri.

El seminario en cuestión tenía diversas secciones, de las que eran directores Laín, Fernández Almagro, Lafuente Ferrari y Aranguren. Colaborábamos como una especie de ayudantes de los anteriores varios, entonces, jóvenes profesores, entre otros que ahora recuerdo Morodo, Anes, Jesús Aguirre (a la sazón sacerdote, que luego casaría a Elías), Martínez Cuadrado y el propio Elías. No sé si de esa época data su propósito de exhumar el pasado. Pero lo cierto es que, aún antes de llegar a la cátedra, colaboró en la dirección (dirigió de hecho) las tesis de muchos de los discípulos y colaboradores de don Joaquín. De allí salieron las tesis, luego libros, de Zapatero sobre Fernando de los Ríos, Lamo de Espinosa sobre Besteiro (Fermín Solana escribiría por la misma época otro magnífico libro sobre este político y profesor), Laporta sobre Adolfo Posada, Núñez Encabo sobre Sales y Ferré, Eusebio Fernández sobre socialismo y positivismo en el XIX y quizá alguna otra que ahora se me escapa. Entre ellas pudieran incluirse los trabajos del propio Elías sobre Unamuno y el Krausismo. En la Facultad de Filosofía, José Luis Abellán, amigo común, comenzaba por la misma época sus trabajos de historia del pensamiento español, que luego cristalizarían en su monumental y magnífica obra sobre el tema.

La actividad de Elías en esa tarea de revalorización del pasado respondió a un propósito consciente que varias veces le oí expresar. Supongo que a él se deben muchos de los temas de aquellas tesis y, aunque en cierto modo ya ha dado por finalizado el cielo de estudios históricos (¿acaso los más jóvenes ya no están por la labor?), sigue favoreciendo la realización de trabajos sobre personajes más recientes, como la tesis de J. Rodríguez sobre Legaz y R. García Manrique sobre los derechos humanos entre 1939 y 1975, ambas leídas en Alcalá y de cuyos tribunales formó parte.

Y creo que aquí el propósito de revalorizar el pasado remoto se refuerza con consideraciones más personales. Creo que, como nos ocurre a los que ya vamos siendo viejos (él a los 30 ya lo era), trata de frenar la inevitable tendencia al adanismo de los más jóvenes (que nosotros, todo hay que decirlo, también tuvimos cuando lo fuimos), a creer que el mundo comienza con ellos y a considerar a los anteriores, en el mejor de los casos, como escuetos precursores de su

---

<sup>2</sup> A quien Morodo, ahora que me acuerdo, calificaba de «destacado jovellanista» (Jovellanos era, por aquellas fechas, el símbolo de la «tercera España»).

magnificencia. No digo que no haya en todo ello un deseo de hacer justicia, de reconocer los méritos (o deméritos) de cada cual, pero supongo que también hay el deseo, quizá inconsciente, de evitar ser devorado por sus hijos, destino, según Freud, de todo padre. Por eso es preciso recordarles que se convertirán en polvo y esperar a que el tiempo haga su labor destructora, a que a los jóvenes comience a abultárseles el vientre y a clarearles el cabello y a que también a ellos les nazcan hijos devoradores. Si éstos últimos, quizá para torturar al padre, exaltan al abuelo éste puede ya respirar tranquilo, sabiendo que el orden natural de las cosas ha sido restaurado.

Pero se trata de precauciones inútiles porque sus hijos lo aprecian y respetan, sin atreverse apenas a refunfuñar, por lo bajo, contra sus manías. De esta buena relación es un ejemplo el presente volumen, en el que los discípulos se rinden homenaje a sí mismos a través de la figura del maestro.

Otra de las constantes intelectuales de Elías es, a mi juicio, su desvío o escaso aprecio por la cultura anglosajona y especialmente por la americana<sup>3</sup>. Creo que hay en ello, aunque él probablemente no lo reconocerá nunca, un cierto reflejo o tic izquierdista, que le lleva a mirar con malos ojos todo lo que venga de la gran capital del imperio. Pero creo que hay también otro tipo de razones: los análisis conceptuales (escolásticos suelen decir) y disquisiciones sobre sus temas puntuales le parecen una especie de trivial pérdida de tiempo. A menudo me ha criticado mi afición al tema del paternalismo (ironizando sobre el contrato de esclavitud y el lanzamiento de enanos, ejemplos utilizados por Martín Farrell en una conferencia que, sobre el tema, pronunció en Tenerife). En general creo que tiene escasa afición a este y otros problemas de ética aplicada, a la que en cambio son tan aficionados los analíticos (y muchos de sus discípulos).

Lo que probablemente tenga que ver con una tercera constante: su afición a la filosofía política. Para nadie es un secreto que los grandes temas de nuestra asignatura son la teoría del Derecho, la ética y la filosofía política (una división que, por cierto, se refleja en el nuevo nombre de la misma: *Filosofía del Derecho, Moral y Política*). Todos tenemos que picotear aquí y allá pero todos tenemos también nuestras preferencias. Y así, mientras bastantes de entre los jóvenes sienten curiosidad por los primeros otros, como Elías y Capella, se inclinan a la filosofía política. Las dos grandes preocupaciones de Elías son el socialismo y la democracia o, si se quiere, el socialismo democrático. Creo que casi todo lo que escribió, e «hizo» escribir, tiene que ver con ellos. Lo que una vez más se explica no

---

<sup>3</sup> Sector conservador, se entiende. A Hart le dedicó un capítulo. Siempre habló bien de Chomsky, a quien la derecha americana aborrece.

sólo por razones intelectuales, sino también biográficas. Vivió los años difíciles en que escribir y enseñar en España, siendo demócrata y socialista, resultaba complicado, si no peligroso. (No hay que exagerar: se podía vivir y la represión de los intelectuales se ejercía en bastantes casos por la vía negativa de cerrar puertas e impedir el acceso a los puestos oficiales, que en la enseñanza lo eran todos). Supo lo mucho que costó traer la democracia (padeció confinamiento en Jaén y fue encausado por dos veces en el T. O. P.) y por ello conoce su fragilidad. Quiere que no se olviden los «méritos» contraídos en la lucha, pero sobre todo teme que por indolencia, apatía, o quizá por frivolidad, se pierda lo que costó tantos desvelos y sacrificios.

Algunos de los más jóvenes parecen dar por definitivamente conseguido lo que quizá sea provisional y considerarlo como una especie de regalo del cielo, o de la historia, olvidando luchas y sacrificios. Como los herederos de las familias ricas disfrutaban del dinero sin saber lo que ha costado ganarlo. Elías lo sabe, aunque no estoy seguro de que tenga tan claro que la mejor defensa de la democracia consistirá probablemente en reformar los aspectos disfuncionales de la misma (en los que no voy a entrar, porque no son del caso, pero que están en la mente de todos. Mencionaré únicamente, a título de ejemplo, la financiación de los partidos) y en que los que a sí mismos se llaman demócratas estén a la altura de las circunstancias. Y lo que se diga de la democracia ha de decirse con mayor motivo del socialismo, una forma de organización social que, donde ha existido, se ha hundido en el fracaso y, donde no, se ha mantenido como una nebulosa, una especie de mito inalcanzable, que sólo los que tienen fe consideran posible. Creo que Elías es de los que aún no la han perdido. Pero la fe es una virtud teologal, merecedora del mayor respeto.

### **Maestro y *capo di scuola***

Ya quedó indicado que tiene un gran número de discípulos repartidos por toda la geografía española. Algunos son sus hijos académicos: Peces-Barba, Laporta, Atienza, Ruiz Miguel, Almoguera, Sauquillo, Colomer, Sánchez (Cristina) y Beltrán (Elena), Hierro y Zapatero (que ya hubieran sido catedráticos de no haberse dedicado a la política). Tiene también nietos espirituales: Fernández, Prieto, Páramo, quizá De Lucas y Ruiz Manero son discípulos de discípulos. Y hay muchos otros que ahora no recuerdo y cuya mención hará excesivamente larga la lista.

De estas cosas no se habla, porque la ideología oficial es que

todos apoyamos a quien más lo merece, pero es archisabido que las relaciones de maestro-discípulo crean vínculos de dependencia y condicionan el acceso a los puestos de docencia, con las evidentes repercusiones económicas y culturales que ello comporta. Quien ha «sacado» catedráticos y titulares tienen muchas posibilidades de seguir «sacándolos», de aumentar su ámbito de influencia y de influir, a su vez, en los discípulos que van a recibir la enseñanza. Con lo que venimos a parar a la cuestión de las escuelas.

En un reciente libro me referí a dos, a los que coloquialmente llamé de Ferraz y de Trento, una división que me fue criticada por simplista e insuficiente<sup>4</sup>. Permítaseme volver ahora sobre el asunto. Utilizaba «escuela» en sentido sociológico, para designar a un grupo más o menos organizado de personas que persiguen finalidades comunes (cuando se trata de grupos académicos, principalmente la provisión de las cátedras) y desarrollan cierto espíritu excluyente y, en ocasiones, sectario. De ellas puede decirse lo que Locke predicaba de las Iglesias: «que cada (una) es ortodoxa para sí misma y para las demás equivocada o hereje»<sup>5</sup>.

La que he llamado escuela de Trento es la prolongación de quienes en el régimen anterior ocupaban con exclusividad las cátedras y cuya personalidad más influyente (y, en cierto modo, dirigente) era don Francisco Elías de Tejada. Casi uniformemente respondían al patrón del profesor tomista, en filosofía, y tradicionalista, en política. La llamada de Ferraz procede de los profesores disidentes, agrupados en torno a Ruiz Giménez que, por su actitud democrática y al mismo tiempo por sus conexiones con el régimen, era capaz de ampararlos. Respondían mayoritariamente al estereotipo de antifranquista, demócrata, socialista y bastante influido por el marxismo. Las dos escuelas constituían el reflejo de la lucha franquismo-antifranquismo en el campo de la filosofía del Derecho y, como las solidaridades engendradas en la lucha, y también las heridas, en alguna medida siguen en pie las dos escuelas constituyendo un reflejo de la lucha entre franquistas y socialistas por ocupar las cátedras de la asignatura. Que haya excepciones (Elías dice que muchas) en uno y otro campo, que ningún individuo encaja por completo en un esquema, es cierto, pero no lo es menos que todo lo que ocurre en sociedad tiene carácter tendencial y estadístico. Si así no fuera no podríamos hablar de «clases», «ideologías», «tercer mundo», etc. Esta última

---

<sup>4</sup> Y por injusta, válgame Dios. No hacía referencia a que, con ocasión de una trivial polémica con cierta revista, Liborio y Virgilio presentaron su dimisión del Consejo de Redacción de la misma. Quede aquí constancia de mi reconocimiento a tan amistoso gesto.

<sup>5</sup> *Carta sobre la tolerancia*, Ed. Tecnos, 1985, pág. 20.



observación no parece fuera de lugar, pues cualquier intento de clasificación produce rechazo entre profesores que acostumbramos a creernos ejemplares únicos (y el ombligo del mundo) y que, sin embargo, estamos constantemente clasificando a los demás<sup>6</sup>.

¿Sólo Ferraz y Trento? Si usamos el término como arriba lo hicimos, escuelas lo que se dice escuelas, no salen muchas más. ¿Y qué hay de una tercera vía? Es cierto que no todo el mundo (pocos, dirán algunos) estaría a gusto en una u otra escuela. Probablemente sean mayoría los que no se sientan encajados en ninguno de los dos «tipos ideales». (Yo mismo tampoco me siento encajado al menos en lo ideológico). Sí, sólo que este conjunto de profesores «inclasificables» no constituyen una escuela. En el Congreso de Ceuta, organizado por el profesor Fernández Galiano, parecía apuntar una tercera vía, pero no estoy seguro de que de allí haya salido un grupo coherente, en todo caso no con los efectivos y la fuerza de los dos grupos dominantes. En definitiva, si no ha habido tercera vía es porque tampoco ha habido un centro político que pudiera ampararla o promoverla. Esa tercera vía tendría que haber sido liberal o democristiana y esas ideologías no han tenido vigencia suficiente en nuestro medio social.

¿Y los llamados independientes? Ésos por definición, y sean cuales fueran sus méritos, nunca formarán escuela. Serán incapaces de ninguna acción coordinada y sólo les quedará el consuelo de lamentarse del poco caso que les hacen. Y ciertamente hay casos curiosos. Hay profesores (Rodríguez Paniagua, pongamos) que habiendo tenido una dedicación exclusiva a la universidad, y siendo autores de trabajos tan buenos o mejores que los de cualquiera, sólo han sido capaces (¿o no han sabido?) de «sacar» un titular de universidad. Cuando uno contempla el desparpajo con que otros hacen y deshacen no puede por menos de pensar que el orden natural ha sido trastocado. ¿Política? Claro. Política universitaria que tiene mucho que ver con la política general del reino. Que tenga también que ver con los auténticos valores culturales ya es otra cuestión, en la que no voy a entrar ahora.

En el libro antes mencionado me refiero también a cierta clasificación de grupos o escuelas elaborada por Elías y por aquel entonces inédita. Le oí decir que, en la entrevista que en este mismo número le hacen los profesores Laporta y Ruiz Miguel se refiere a ella. No conozco la versión definitiva, pero aquella primera versión, aunque ingeniosa y divertida, me pareció bastante «ideológica». Hablaba allí de «los viejos», los «raros e irreales», «los Opus», «los Doxa». Como se ve los criterios de clasificación son muy variados: la edad, el carácter, la pertenencia a una organización religiosa, la colaboración

---

<sup>6</sup> Alguna vez le oí referir a Elías lo que una marquesa decía a su protegido: «Ay, Carlo, ¿por qué también has de ser inconformista, como todos?».

en una revista. Desde luego que pueden utilizarse esos u otros criterios clasificatorios, pero es lo cierto que las clasificaciones resultantes no ayudarán a comprender lo esencial: cómo se proveen las cátedras (quién tiene o no tiene poder) y qué es lo que va a enseñarse en las aulas. Eso no tiene que ver con el hecho de que alguien publique o no en determinada revista... a menos que esa revista sea órgano de una escuela.

Pero si (a mi juicio cerrando los ojos a la realidad) no se quiere hablar de escuelas, como grupos más o menos cerrados y dotados de cierta dinámica común, santo y bueno. Hablemos entonces de relaciones de discipulado. Y desde esta perspectiva cabe destacar que por las aulas de Elías Díaz han pasado muchos de los más destacados filósofos del Derecho que actualmente enseñan en España. Estaría por decir que todos aquellos de orientación democrática le deben enseñanza y apoyo, en muchos casos decisivo para lograr la titularidad o la cátedra. Y lo hizo con criterio amplio y generoso.

Tengo de esto una experiencia de primera mano en las oposiciones del 82. Llevaban tiempo sin convocarse y, cuando al fin esto se produjo, pudimos acceder a la cátedra (agregación se llamaba entonces) algunos de los que llevábamos bastantes años esperando esa oportunidad: Ollero, Capella, Peces-Barba, Rodríguez Molinero y yo mismo. Todos ellos tuvimos los votos (algunos también de los otros dos miembros del tribunal) de Ruiz Giménez, Gil Cremades y el propio Elías. Salvo Peces-Barba, ninguno era discípulo directo ni socialista y alguno, como Ollero, de tendencia conservadora (habrá quien diga que yo también lo era). Concurría también Laporta, discípulo directo, que no logró plaza (al que, por cierto, debo agradecerle su actitud generosa). Creo que en aquella ocasión Elías (y por supuesto Cremades y Ruiz Giménez) trató de elegir a quien le pareció mejor, fuera cual fuera su ideología, en lo que probablemente hay que incluir también cierta conmiseración hacia quienes llevaban, o llevábamos, muchos años de espera.

Pero la cosa viene de atrás. En el 74, y tras muchos años de lucha, logró el acceso a la cátedra de Oviedo, con un tribunal formado por Beltrán de Heredia, Elías de Tejada, González Vicén, Delgado Pinto y López Calera. Dentro de la pequeña historia de nuestra asignatura fue una oposición memorable, en la que por primera vez un antifranquista declarado (socialista) accedía a una cátedra universitaria. Como se ha hablado y escrito bastante del asunto recordaré sólo lo esencial: Delgado Pinto y López Calera, en un gesto que les honra, «rompieron» la rígida disciplina impuesta por Elías de Tejada en la asignatura y, alentados por González Vicén que le plantó cara, dieron su voto a Elías y a Gil Cremades. Lo que siguió

después, la rocambolesca historia del presidente que se negó a firmar las actas, no es de este lugar. Lo cierto es que aquella oposición supuso un cambio importante en la asignatura. Hasta entonces sólo Legaz, Truyol, Ruiz Giménez y González Vicén, entre los catedráticos anteriores, toleraban (y apoyaban en lo que podían, que no era mucho) a profesores de orientación democrática (incluso alguno comunista, lo que en aquel entonces era bastante arriesgado).

Elías, junto con Gil Cremades, los mencionados Delgado Pinto y López Calera, Rodríguez Paniagua, Pérez Luño y otros que, poco a poco, fueron llegando a las cátedras, contribuyeron a promover, junto con los más «viejos» antes mencionados, un cambio en la asignatura. Desde entonces, profesores de diversas tendencias, también tradicionalistas, pudieron acceder a los puestos docentes. Que en algunos casos haya criticado a mis amigos de la escuela de Ferraz, por lo que consideraba actitudes sectarias (debidas, a mi juicio, a la militancia, o simpatía, socialista de algunos) nunca me ha hecho olvidar el servicio que rindieron a la libertad intelectual, especialmente su «capo di scuola» Elías, que tras la retirada de don Joaquín le sucedió en el liderazgo de la escuela.

### **Demócrata y socialista**

No le conocí en sus años de bachillerato, pero supongo que había sido socialista desde los años de Universidad, cuando tenía a Tierno y a Ruiz Giménez como profesores y a Raúl Morodo (su entrañable amigo) como compañero. En la versión anterior (que ya anda circulando clandestinamente) decía que su ama de cría le cantaba, para dormirle, la internacional. Lo suprimí de esta versión porque alguien me hizo ver que este escrito, además de Elías, pudiera tener algún otro lector. Decía también que si el socialismo se hundiera él seguiría siendo socialista contra viento y marea, como aquel inglés que, siendo el único en esperar el autobús, se constituía en cola.

No sé si pasó por una época democristiana pero, si así fuera, debió ser muy corta. Pronto se hizo tiernista, quizá influido por Raúl Morodo, o sencillamente atraído por la originalísima personalidad del «viejo profesor». Por aquellos años nos conocimos, quizá hacia el 60 (¿asistió a la oposición de esta fecha, la primera que yo hice?). Frecuentaba el piso del Marqués de Cubas, lugar al que Tierno (con la mínima egolatría que se permitía) llamaba el anti-Pardo. Por allí andaba Alonso, al que cariñosamente llamábamos «el obrero», representante único de la clase algo más numerosa a la que nos proponíamos liberar de la opresión capitalista. Pero, no era único, porque allí andaba también el entrañable Nombela, antiguo socialista

que, tras muchos años de cárcel, se hizo tiernista y llegó a hacer de Marqués de Cubas su casa, en el sentido literal de la palabra.

Allí frecuentaba Elías a muchos de los que siguen siendo sus mejores amigos: a Raúl Morodo (principal discípulo de Tierno y «vicepresidente» informal del grupo), Emilio Casinello, Amaro González de Mesa y Fernando Morán (diplomáticos), Pedro de Vega (condiscípulo en Salamanca), Manuel Medina, Miguel Martínez Cuadrado, Francisco Bobillo, José Luis Abellán, Carlos Moya y tantos otros, entre ellos (algún lector más joven quizá se sorprenda un tanto), el viejo liberal que abajo suscribe, ciertamente en momentos de aturdimiento juvenil.

Siempre fue socialista y demócrata, obviando la posible contradicción entre ambos términos (permítaseme esta mínima perversidad, los amigos ferracianos sospechan fundadamente que me estoy mordiendo la lengua). No quiero decir que no haya evolucionado algo a través de los años, pero me parece que no hasta el punto de entrar en la socialdemocracia o en el liberalismo social como han hecho otros compañeros. Me parece (pero no estoy del todo seguro) que sigue pensando que el capitalismo es un sistema perverso que debería ceder el paso a otro en que el control de la economía estuviera, en buena medida, en manos del Estado y, por tanto, de un partido socialista, pues no es fácil imaginar un liberal realizando ese control (aunque, para ser justo, debo decir que suele hablar de economía mixta. Confieso que, torpe de mí, no entiendo bien en qué consiste ese amasijo). Lo que le sitúa en un cierto fundamentalismo, quizá discutible, para muchos, pero, al menos, bastante consecuente. Nunca se podrá decir de él que ha mudado de chaqueta.

Y, en relación con esto, creo que hay que insistir en algo que más atrás quedó apuntado: su negativa a ocupar cargos políticos. Debió entrar en el PSOE hacia el 74, cuando vivía en Oviedo, pues muchas veces le oí contar cómo la visión de las masas mineras asistentes al homenaje a Llaneza, en Mieres y en día de nevada, reforzó su inclinación al partido. Pero supongo que ese fue un pequeño factor desencadenante y que el ingreso se hubiera producido de uno u otro modo. Pero de ahí no pasó la cosa y nunca sucumbió a la tentación de ocupar cargo, con la leve excepción de la dirección del Centro de Estudios Constitucionales, que pronto abandonaría.

Lo que le coloca en una envidiable situación para criticar a sus compañeros de partido, especialmente a quienes en él acudieron al olor de la prebenda y se mostraron más duchos en blasonar de la dichosa ética que en ponerla en práctica. Y supongo que si no lo hace más es por no debilitar al partido en quien, contra viento y marea, sigue viendo la mayor posibilidad de progreso.

¿Que la proximidad al poder siempre devenga algún dividendo?

Sí, por supuesto: lo invitan a uno a dar conferencias, se sale más en la Tele (en la del Gobierno) y se va a ver al Rey por su santo. No sé si algo de esto le habrá sucedido al amigo Elías, pero, si así fuera, seguro que en grado mínimo y sin elevarse a la suprema dignidad de la prebenda.

### Un poco de teoría

Y permítaseme volver aquí a algo que ya referencí en otros escritos y que da idea de la índole del socialismo que Elías profesa, del fundamento teórico que trata de darle. Para la procura del poder esto no constituye especial timbre de gloria. Basta con enarbolar la pancarta y berrear más fuerte que el de al lado. Pero para un teórico, sobre todo uno que hace del socialismo su principal tema de reflexión, la cosa no carece de importancia.

En las palabras finales de su *Sociología y Filosofía del Derecho*, afirma que los valores de libertad, igualdad y solidaridad, derivados del valor central de la dignidad de la persona humana, están dotados de un «suficiente nivel de objetividad y justificación teórica». Palabras que tienen una evidente resonancia kantiana: hay valores que pueden *conocerse* (ahí es nada, si se me permite), por la razón y al margen de la experiencia (como diría Kant) y que son objetivos en el sentido de que deben imponerse a todos (aunque, de hecho, algunos insensatos no los acepten). Ahí es nada, si se me concede prórroga al permiso anteriormente solicitado. Si lo he entendido bien, eso es lo que el párrafo anterior quiere decir<sup>7</sup>.

De manera que la razón que con Platón había sido comunista, con Santo Tomás y Bodino defensora de la monarquía absoluta, con los revolucionarios franceses y americanos y con Kant liberal, con Hegel quién sabe qué, ha terminado por sentar sus reales en la segunda internacional (¿en la presidencia?). La razón se ha hecho socialista y el socialismo se ha hecho racional. Dios sea loado<sup>8</sup>.

En otros lugares expresé mis reservas hacia el racionalismo ético, que aquí no hacen al caso. Sí diré que, se piense lo que se piense del asunto, hay que reconocerle a Elías el mérito de haber intentado ofrecer una fundamentación de la moral, en la línea de Kant y quizá también del austomarxismo. Una fundamentación que, en la medida

---

<sup>7</sup> Me temo que va a acusarme de no leerle: «No me lees, viejo amigo». Claro que de eso nos quejamos todos.

<sup>8</sup> La primera versión iconoclasta incluía aquí una broma, en la que me preguntaba si acaso, de una en otra, el viejo Kant iba a resultar un humilde precursor de cierto político, pero mis asesores-censores «me obligaron» a suprimirla.

en que reconoce criterios morales objetivos, no está tampoco lejos del jusnaturalismo.

### **La revista *Sistema***

Hace años, a finales de los 60, si mal no recuerdo, nos reunimos en el despacho de Rodrigo Uría una serie de amigos con el propósito de fundar una revista de orientación socialista, en la que pudieran integrarse las diversas corrientes o tendencias. Se adoptó el acuerdo de no incluir en la dirección a los líderes (Tierno, Llopis) para evitar posibles conflictos y que la revista adquiriera un carácter partidista (lo que a Tierno, por cierto, le disgustó sobremanera). De allí salió *Sistema*, cuyo primer director fue Elías, que sigue siéndolo en la actualidad. La revista se acogió primeramente a una fundación dependiente de Ruiz Giménez, pero luego (unos diez años después, me recuerdan) entró en la órbita del PSOE y, más en concreto, de don Alfonso Guerra.

Se puede discutir interminablemente acerca de la conveniencia de este tipo de dependencias partidarias. A Elías le oí decir varias veces, refiriéndose a la afiliación del intelectual, que en definitiva todo el mundo depende de alguien y quizá no sea menor la dependencia del que trabaja (y cobra) para un Banco que del que lo hace para un partido. Quizá la solución estaría, según esto, en buscarse una buena dependencia, un buen amo fiable y sensato a quien servir. Pero no voy a entrar en ello ahora. Si me he referido al carácter partidario de la revista no fue para criticarlo, sino para ofrecerle al lector un dato que me parece importante en una semblanza de quien ha sido principal promotor y animador de la misma, lo que, después de lo dicho anteriormente, no sorprenderá a nadie.

*Sistema* ha sido y sigue siendo una revista teórica que no pretendió seguir la actualidad como por ejemplo había hecho su antecesor *Cuadernos*, sino situarse en un plano más intemporal. Tuvo inicialmente una cierta orientación marxista que poco a poco fue perdiendo. Actualmente, aunque conserva su tendencia moderadamente izquierdista no creo que tenga una orientación teórica o filosófica definida.

A ella dedicó Elías buena parte de su tiempo y esfuerzo con resultados, a mi juicio, notables. Habrá, claro es, quien la encuentre más o menos interesante o aburrida, pero creo que pocos dejarán de reconocer la calidad intelectual de la mayoría de las colaboraciones. Me consta que Elías, junto a José Félix Tezanos, cuida especialmente este aspecto porque he tratado de meterle algún gol y no he podido. Algunas, bastantes, de las colaboraciones de la revista tienen que

ver con temas de nuestra asignatura y, junto con *Doxa*, fue y sigue siendo una especie de órgano de expresión teórica de la escuela. Por cierto que sería interesante elaborar una especie de listado de colaboradores y temas, lo que tendría un cierto valor histórico y, de paso, completaría el perfil intelectual de Elías, al saber qué y a quién promovió o acogió en «su» revista<sup>9</sup>.

### **Vorwärts**

Vamos para viejos pero espero que aún nos quede camino por recorrer. Seguiremos sembrando la confusión en alumnos y lectores con nuestro habitual empecinamiento.

Al llegar al final de estas líneas dudo haber transmitido al lector algo del profundo afecto que tengo a quien es uno de mis mejores amigos, una especie de gemelo académico con quien he compartido zozobras y alegrías, a cuyo lado he luchado (algo, no hay que exagerar) por la democracia y con quien he mantenido cientos de polémicas de sobremesa en las que ciertamente (mala suerte que tiene) nunca lleva razón. Al llegar al final de estas mal hilvanadas líneas hágame merced el lector de permitirme adoptar (muy brevemente, no se alarmen) un tono más personal. Quisiera desearle larga y fecunda vida. Que sus hijos se críen sanos y fuertes y que su legítima Maite (su corazón, como el de Clarín, nunca fue plural) siga adorándole con obstinada resignación. Y en cuanto al viejo Luisón, como él lo llama, que siga muchos años dándole la lata con estériles polémicas. Que como ya no van a quitarnos la palabra, hablemos y hablemos (a ser posible mal de los amigos, que es cosa que une mucho) y riamos, mejor en verano que en invierno, al pie de la sierra del Cuera, ya nunca más en *Elvirina*, como antes, como siempre, como ahora.

---

<sup>9</sup> He metido otra vez la pata. Me recuerdan que ya está hecha en el núm. 100: «No me lees, etc.».

